

EL GRAN MISTICO

don Francisco de Quevedo y Villegas

(De *Unión Ibero-Americana*)

Nuestro ilustre vicepresidente, presidente de la Comisión permanente del Consejo de Instrucción Pública, Excmo. señor conde de Leyva, tiene un libro en prensa al cual pertenece el actual notable trabajo.

Aunque parezca paradoja, cuéntase entre los más eminentes y piadosos cultivadores de esta rama de la ciencia cristiana al regocijado y formidable autor de *Los sueños, El buscón, Perinola y Cultra latiniparla*.

Hombre de mundo este español ilustre, caballero secular, de capa y espada, como le llama fray Bartolomé Foyas en su informe sobre un libro del gran polígrafo, educado en medio de una corte donde campeaban la licencia y la hipocresía, de carácter áspero y juicio independiente, luchador apasionado hasta el insulto con la pluma y hasta lo trágico con las armas, figura entre las más altas inteligencias de su siglo, y, lo que es más extraño, ocupa un puesto en la copiosa lista de los místicos españoles. Nuevo triunfo de la religión católica el haberse apoderado de aquella alma inquieta y soberano entendimiento, para recibir una vez más el espléndido homenaje de la razón y de la ciencia. Filósofo profundo, profundísimo teólogo, familiarizado con la literatura clásica, con la Biblia y los Santos Padres, a quienes de tal modo comenta que a veces parece que habla alguno de ellos, discute y defiende briosamente contra herejes y protestantes los altos dogmas de la Trinidad, la Redención y la Eucaristía, absolutamente sometido a la autoridad de la Iglesia.

Ora deba achacarse a la diferencia del medio social en que se formó su espíritu, poco semejante al del

siglo XVI, ora a lo varonil de su entendimiento o a la índole de su vastísima cultura, el hecho es que la mística sufrió en la pluma de Quevedo una transformación notable, no tanto en la manera de concebirla cuanto en la de exponerla. Su labor es fundamentalmente científica. Verdadero positivista, es decir, solicitado por la realidad, por los datos que a su observación ofrecían la vida individual y la colectiva, escribe a ejemplo de Epitecto, de Zenón y, sobre todo, de Séneca, a quien traduce y se complace en imitar (1). Pero no considera la doctrina del Pórtico como antecedente de la cristiana, sino que afirma y demuestra que el estoicismo, el sistema moral más noble que nos legara la antigüedad, tomó sus principios de la Biblia, del libro de Job, del cual presenta un magnífico comentario (2). Pone, por consiguiente, la ciencia al servicio de la fe, y porque he querido, dice, *viendo que el alma es racional y que de esto no puede huir, valiéndome de la razón, aprisionarle el entendimiento en ella* (3).

No es ciertamente Séneca más profundo y elocuente que el señor de la villa de Juan Abad en el análisis y condenación de los vicios ni, sobre todo, en pintar la eficacia y hermosura de las virtudes cristianas. Aparte de la solidez del razonamiento, propia de la gravedad del filósofo, aparece aquí, como en todos los místicos, el calor, movimiento y variedad de tonos del orador, avalorados con la doctrina evangélica, mediante la cual purifica y eleva la del estoicismo, resultando una mística, por decirlo así, más humana y consoladora, de aplicación más universal, acomodada a mayor número de estados psicológicos. Decláralo así él mismo en las siguientes palabras:

(1) V. Epístolas de Séneca, traducidas y comentadas. Epístolas de don Francisco de Quevedo, a imitación de las de Séneca.

(2) Proemio de *La cuna y de la sepultura*.

(3) Ibidem.

«*El tratado de la sepultura*, previniendo los riesgos de la postrera hora, he dividido en dos defensas, de que, a mi parecer, necesita el hombre, que en poco rato abrevia cuenta de muchos años. El primero es que no desconfie por sus pecados de la misericordia de Dios, fiando en ella y en su sangre y intercesión de los santos. Segundo, que no se confie en algunas buenas obras que a su parecer ha hecho, porque no le condene la presunción propia asegurada en sí» (1).

A imitación de todos los místicos, y penetrado su espíritu de unción religiosa, da expresión y forma adecuada a la variedad de afectos que campean en la redención, imaginando y poniendo, a manera de los historiadores antiguos, en boca de sus personajes, sentidas arengas u oraciones, nutridas de saber tológico, de literatura y elocuencia. Prueba de esto su *Declamación de Jesucristo, hijo de Dios, a su eterno Padre, en el huerto*, amén de muchos pasajes de *La cuna y la sepultura*.

La vocación, por decirlo así, apostólica de ese hombre extraordinario se explica por la influencia que ejercía sobre su espíritu la grandeza de la revelación, a la cual hubo de rendir, con actos frecuentes de contrición y arrepentimiento, el tributo inverosímil de su humildad.

Por tales razones, y a modo de continuación de sus trabajos ascéticos, enriqueció Quevedo la literatura española, traduciendo fiel y elegantemente la *Introducción a la vida devota*, de San Francisco de Sales, a lo que, sin duda, le inclinó también el considerar cuan parecido era el suyo al concepto que de la mística había expuesto el insigne obispo de Ginebra, como coincidían entrambos en atribuirle caracteres y oficios muy semejantes, los cuales ensachaban la esfera de acción y

(1) Proemio citado.

eficacia de esta rama de la teología católica. Pruébese lo que voy diciendo con los siguientes textos, sacados del original y de la traducción. Hablando en el primero dice el santo:

«Los que han tratado de la devoción, casi todos han mirado a la instrucción de personas muy retiradas del comercio del mundo, o, por lo menos, han enseñado una suerte de devoción que conduce a las almas a este entero retraimiento. Mi intención es instruir los que viven en las villas, en las familias y en las cortes, y que, por su condición, están obligados a pasar una vida común cuanto a lo eterno» (1). Y recogiendo para sí la obra, y juzgándola el traductor ilustre, dice:

«En este libro, la virtud testifica y la verdad muestra tan opulenta luz, que en solo este libro se leen las doctrinas de los filósofos mejoradas y con enmiendas; las proposiciones estoicas, cristianas y limpias y tan católicamente corregidas, que si Sócrates, Epicteto y Séneca vieran esta introducción, leyeran lo que no acabaron de saber, supieran lo que no pudieran alcanzar» (2). Es, pues, la obra en cuestión un tratado de mística, cuyo carácter define exactamente San Francisco apellidándole *Devoción civil* (3).

Demuestra, en efecto, que puede vivirse en medio del mundo sin sentir por eso la influencia deletérea de este enemigo del alma; que la perfecta devoción, síntesis de la mística, puede lograrse en todas las condiciones, sin excluir la de soldado (4); hace la apología del matrimonio, *que hinche la tierra de fieles para cumplir en el cielo el número de los elegidos* (5), y al que apellida

(1) Prefacio de la introducción a la *Vida devota*.

(2) Prólogo a la traducción de la introducción a la *Vida devota*.

(3) Introducción a la *Vida devota*. Parte tercera, cap. XXIV.

(4) Primera parte de la introducción, cap. III.

(5) Introducción a la *Vida devota*, parte tercera, cap. XXXVII.

también seminario del cristianismo, donde puede y debe llevarse la castidad hasta el mismo lecho nupcial (1); impone la obligación de no debilitar con exagerados ayunos, cilicios y penitencias, la salud corporal, tan necesaria para satisfacer legítimas exigencias de la vida (2); dice que en principio y necesariamente no están reñidas con la devoción, elemento esencial del ascetismo, diversiones o esparcimientos lícitos, sin excluir el baile, no sin advertir sus grandes peligros (3); declara que no es dado a todos elevarse a las perfecciones angélicas, ni deben ser éstas objeto de nuestras peticiones. Mientras Dios las da debemos ejercitarnos en las pequeñas virtudes, de las cuales se compone la trama de la vida.

Con ocasión de esto, habla de los éxtasis o raptos, tan frecuentes en la mística; pero de tal manera, con espíritu tan alto y evangélica sinceridad, que considero conveniente trasladar aquí alguno de sus razonamientos.

Hay ciertas cosas—dice—que muchos tienen por virtud, y que de ninguna manera lo son. Estas son los éxtasis o raptos, las insensibilidades, impasibilidades, uniones deíficas, elevaciones, transformaciones y otras tantas perfecciones, de las cuales tratan ciertos libros, los cuales prometen levantar el alma hasta la contemplación pura intelectual, a la aplicación esencial del espíritu y vida suprenamente.

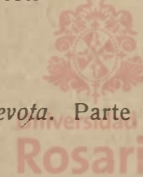
No se han de pretender tales gracias, pues no son de ninguna manera necesarias para el bien servir a Dios, la cual debe ser nuestra única pretensión.

Y es cierto que las pretensiones tan levantadas están por extremo sujetas a ilusiones, engaños y falsedades; y sucede a veces que los que piensan ser ángeles no son

(1) *Ib.*, cap. XXXVIII.

(2) *Ib.*, cap. XXIII.

(3) Introducción a la *Vida devota*. Parte tercera, capítulos XXXI, XXXII y XXXIII.



ni aun buenos hombres, y que en sus hechos hay más grandeza en las palabras y términos de que usan que en el sentimiento y obra. No por eso se ha de menospreciar ni censurar temerariamente nada, sino que, dando gracias a Dios de la eminenencia de los otros, nos quedemos humildes en nuestro camino, más bajo, pero más seguro (1).

Conforme con sus congéneres, insiste en el durísimo precepto de amar nuestro propio desprecio; mas inspirándose en principios humanitarios, escribe a renglón seguido un capítulo que se intitula: «Cómo se ha de conservar la buena fama practicando la humildad» (2).

No se entienda por lo dicho que este gran santo, como lo apellida Balmes, prescinda del principio fundamental de la mística, o sea del amor a Dios; al contrario: ese altísimo sentimiento mueve siempre su plumá e inspira sus discursos. Se hace cargo y explica los tópicos comunes a todos los místicos; encierra en el concepto de la devoción los grados que, a ejemplo de la escala de Jacob (3), debe ganar el alma para ascender a la perfección suprema. En las diez *Meditaciones* de la primera parte y en otros pasajes (4) se prodigan vehementes expresiones de afecto, apóstrofes y jaculatorias; pero no hace hablar al alma, a imitación de Santa Teresa y San Juan de la Cruz, en la fantaseada situación que la separa del cuerpo, sino encerrada en él, luchando con las armas de las virtudes y de la gracia en medio del mundo y de la sociedad, creados asimismo por la divina Omnipotencia.

Tal es, en sustancia, la labor gemela de esos dos grandes apologistas del catolicismo.

EL CONDE DE LEYVA

De la Real Academia de ciencias morales y políticas.

(1) Introducción a la *Vida devota*. Parte tercera, cap. II.

(2) Tercera parte de la introducción; cap. VII.

(3) Primera parte de la introducción; cap. II.

(4) Véase capítulo XX de la parte primera.